

que él responde por gestos.)—¡Que sí! ¿Que ya trae la escritura...? ¿Firmada? ¿Firmada! ¿Y pagada? ¿Y pagada!

D. INO.—¿Cómo, cómo dice este buen hombre?

M. CRUZ.—Que firmada y pagada.

D. INO.—¡Pero si no puede ser!

M. CRUZ.—¡Pues sí es, abuelito, sí es!

D. INO.—¿Dónde se hizo?

M. CRUZ.—¿En América? En América.

D. INO.—Pero ¿quién adelantó por mí los dineros?

M. CRUZ.—(Recogiendo la escritura que Gabriel le entrega.)—Aquí lo pone.

D. INO.—(Ansioso.)—Dame, dame. (Desesperado.) ¡¡Pícaros ojos, que no quieren ya ver ni lo que ha de causarles alegría! Lee tú.

M. CRUZ.—«En la ciudad de Montevideo, a quince de...»

D. INO.—Más abajo, al comparecen.

M. CRUZ.—«Comparecen... de una parte don Jerónimo Carrillo, mayor de edad...»

D. INO.—Al párrafo siguiente.

M. CRUZ.—«Y de otra parte don Gabriel Roca Ferreras...»

D. INO.—¡No!

M. CRUZ.—Sí.

D. INO.—¿Dice eso, María Cruz? ¡Júramelo por la Cruz, María.

M. CRUZ.—Eso dice, abuelo.

D. INO.—Pues léemelo de nuevo. Y de otra parte comparece... (A Gabriel.) No es desconfianza, no, es gusto de oírlo... ¿comparecen? Lee.

M. CRUZ.—«Y de otra parte comparece don Gabriel Roca...»

D. INO.—(Riendo gozoso.) ¡¡Don Gabriel! Es Gabrielillo, ¿sabe usted, Jerónimo? Pero en los documentos oficiales hay que poner don y excelencia... ¡bobadas! Lee.

M. CRUZ.—«Don Gabriel Roca Ferreras, que acepta el precio convenido, pagándolo en buena moneda española, que el señor vendedor recibe ante mí y a su entera satisfacción...»

D. INO.—¡Dios me favorece, me colmal Y ese hijo amado. (Riendo.) Don Gabriel, como dice el Notario... ¡es graciosísimo que le llamen señor y don a un rapaz...!

M. CRUZ.—Muy rapaz y muy mozalbete ya no es, abuelito...

D. INO.—Te diré, te diré... Para vosotros puede que sea un hombrón; para mí es un arrapiezo y

un chiquilicuatro. Los años no se cuentan bien por años sino por cariños. Gabriel, de chiquito, fué muy bueno; después, fué muy malo... ¡vamos, un poquito malo! y ahora vuelve a ser muy bueno. ¿No es verdad?

M. CRUZ.—Sí, abuelito.

D. INO.—Pues volviendo a ser bueno, desaparecen de mi cuenta los años malos, y enlaza otra vez su vida con los años en que era bueno, con su infancia.

M. CRUZ.—Así es.

D. INO.—Entonces digo yo lo de chiquilicuatro, pues quitándole de encima los años malos, ¿que nos queda de ese hombrón sino un rapaz y un mozalbete?

M. CRUZ.—Eso es muchísimo mejor para él y para todos.

GAB.—(Hablando natural)—¿Y eso quiere decir que usted le ha perdonado ya a Gabriel todas sus locuras?

D. INO.—¿Esa voz...?

M. CRUZ.—Pregunta que...

D. NO.—¡Calla tú! Hable, hable...

GAB.—Y si volviera, usted lo recibiría...

D. INO.—¿Esa voz, esa voz...? ¿Quién hay aquí?

M. CRUZ.—(Animando a Gabriel para que se desoubra.)—Jerónimo... solamente.

D. INO.—Mis ojos no ven y mis oídos me engañan; pero el corazón está ya preparado para recibir este nuevo favor de los cielos.

GAB.—¿Me perdonas, abuelo?

D. INO.—¡¡Gabriell!

GAB.—(Echándose en sus brazos.)—¿Me perdonas?

D.—INO.—¿Te acuerdas del día en que me incomodé? Pues aquel mismo día te he perdonado. Y no te imagines que con palabras únicamente te recibimos... ¡con escrituras también! Dale le carta, darle la carta...

GAB.—Señor don Gabrielillo...

(Se rie y besa el sobre.)

D. INO.—¿Lo ha besado? ¡Pues llama ahora a ese registrapapeluchos para que lo confunda y lo anonade!

GAB.—«Adorado Gabriel...»

D. INO.—(Aparte a María Cruz.)—¿Te mira a tí...?

M. CRUZ.—Pero no miro yo.

D. INO.—Entonces es media trampa nada más. Deja, Gabriel, a solas leerás la carta a tu sabor.

Ven, ven...

GAB.—Ya sé que estás muy firme de salud.

D. INO.—Fuerte, fuerte: un roble. Arrastro un poco los pies, como si la tierra los agarrara en cada paso, figurándose que yo voy a ella definitivamente; pero se engaña todavía. Un roble, un roble, un roble. ¿Y tú?

GAB.—Muy bien. Llegué sin avisaros, para ver si donde estaba la casa estaban aún los amores, y vengo sano, alegre, con unos miles de pesetas en el bolsillo y unos miles de duros en el Banco, y he dejado en el automóvil—los camellos de hoy, Rebeca...—mi equipaje y los regalos que os traigo.

D. INO.—¿Qué más regalo que tu persona?

GAB.—No basta. ¡Pobre del que llega con las manos vacías!... Si no lleva presentes, por humildes que sean, parecerá que no lleva afectos...

M. CRUZ.—Eso será donde quieran poco.

GAB.—Y donde quieran mucho. El siervo de Abraham, aun penetrado de que iba por misión divina y de que irrevocablemente se cumpliría, llevó, sin embargo, zarcillos de oro, brazaletes de oro y vasos de oro para ofrendárselos a Rebeca al saludarla.

D. INO.—(Aparte a Gabriel.)—¿Cómo se llama hoy Rebeca?

GAB.—(Aparte a don Inocencio)—María Cruz.

D. INO.—Pues yo también añadiré vasos, zarcillos y brazaletes para festejar la boda, y bailaré con vosotros en la tornaboda. Pero, primero de todo, cumplamos con lo primero. Tú, Gabriel, quédate solo, que en tu casa estás, y nadie ha de guiarte para ir por donde tú quieras. Tú, María Cruz, dispón que arreglen el cuarto y recojan el equipaje. Y yo voy un momento a la capilla para ofrecerle al Señor las primicias de mi gozo.

M. CRUZ.—Te acompaño.

D. INO.—No hace falta; voy yo sólo. Quien trajo a Gabriel por tierras y por mares, ya podrá llevarme seguro los veinte pasos que hay de aquí a la iglesia.

M. CRUZ.—No vayas a tropezar...

D. INO.—¿Tropezar yo hoy? ¡Tú no me miras! ¡Fuerte como un roble!

GAB.—Déjalo ir...

M. CRUZ.—Pues ande, ande...

D. INO.—Allá voy. Poco veo; mas aunque cegara del todo, hoy iría también, sin cuidado ninguno. Escrito está: los que tuvieren fe viva, caminarán sin pies y verán sin ojos...

(Mutis, por foro. María Cruz).

lo va siguiendo, prevenida, para acudir, si tropezase, sobre todo en el momento de cruzar el portón. Gabriel los mira sonriendo complacido...

ESCENA XI

GABRIEL: JUAN por la izquierda

JUAN.—¡¡Gabriell! ¿A qué vuelves?

GAB.—Vuelvo a mi casa. ¿Qué más razón voy a necesitar?

JUAN.—Más necesitas, más.

GAB.—El abuelo ya me perdonó.

JUAN.—¿De qué te ha perdonado? ¿De tu ausencia y de tu abandono?

GAB.—De todo.

JUAN.—De todo, no; porque todo no lo sabe.

GAB.—¿No lo sabe? ¿De veras? ¡Qué alegría más grande me das! ¿Y ya cómo lo ha de saber?

JUAN.—Por tí mismo, que es tu obligación. Yo no quise descubrirte porque ya te castigabas tú con la fuga y con abandonar la casa; pero si hoy vuelves pretendiendo ocupar un sitio que no te corresponde, no, eso yo no te lo consiento. Y

si no lo dices tú, a la fuerza tendré que decirlo yo.

GAB.—¡No, Juan!

JUAN.—Es mi deber. Si no cumples el tuyo, cumpliré yo el mío.

GAB.—¡No, Juan, no!

JUAN.—Aquí no puedes continuar sino perdonándote el abuelo; y para que te perdone es menester que empiece por saberlo.

GAB.—¡Por caridad, Juan! No por caridad a mí, que no la busco ni la quiero ni me importa, sino por caridad a ese pobre viejo, que va a sufrir enormemente, y, lo que es peor, innecesariamente. ¡Por caridad, Juan, no se lo digas!

JUAN.—Pues díselo tú, que es lo noble.

GAB.—Vengo muy arrepentido de aquel mal momento...

JUAN.—Naturalmente. Primero, abandonarnos, y ahora, que te amparemos, que en ti se cumple una vez más la justicia de que el dinero mal adquirido no luzca ni aproveche.

GAB.—En eso te equivocas tú de medio a medio. Lo que no luce ni aprovecha nunca es el dinero mal empleado, que lo de bien adquirido o mal adquirido será un detalle trascendental para la conciencia, pero es un detalle indiferen-

te para el negocio. De eso te doy yo fe.

JUAN.—¿Has hecho fortuna con el dinero maldecido?

GAB.—¿Maldecido por quién?

JUAN.—Por mí.

GAB.—Eso no es bastante para la eficacia de una maldición. No caigas en la soberbia de figurarte que Dios hace tuyas las iras de los hombres convirtiéndose en ejecutor de nuestras venganzas. No. Si eso fuera, en el cielo bastaba un hombre y sobraba el cielo.

JUAN.—En mi conciencia mando yo solo, y para que pueda llegar dignamente a llamarte hermano es menester primero esa purificación.

GAB.—Bien está. Sea como tú quieras que sea. Y solamente un favor te pido... que no vuelvas a llamarme hermano.

JUAN.—¡Gabriell

GAB.—Te lo suplico...

JUAN.—Resuelve tú. ¿Hablarás?

GAB.—No.

JUAN.—Hablaré yo...

(Mutis por la derecha)

GAB.—¡Sol, Sol de Castilla, abrasador de tierras, qué bien harías abrasando a veces los hombres...!

TELÓN

ACTO EGUNDO

La misma decoración y es en el mismo momento del acto anterior.

ESCENA PRIMERA

GABRIEL, en la misma actitud que ha quedado al terminar el otro acto. Una pausa breve. CARMEN, LEONA, NARCISA y DON ANDRES. Por la izquierda.

CAR.—*(Que entra desconfiada, corre a abrazarle).*—¡Gabriell

D. AND.—¿Pero es de veras el notición?

(Se dan las manos.)

LEONA.—Don Gabriel...

GAB.—¡Venga, Leona, que nos hemos conocido de pequeños!

LEONA.—Pues vaya.

(Se abrazan.)

GAB.—Y venga también tu abrazo, ya que nos conocemos de grandes.

NAR.—Por el aquel de obedecer, vaiga y aprete lo que guste, señor amo.